LA CIENCIA DE LA PEREZA

[Minicuento - Texto completo.]

Anónimo: Occidente

Para los turcos, Dios no nos ha impuesto castigo más brutal que el trabajo. Por esa razón, cuando su hijo cumplió 14 años, un viejo turco, buscó al profesor de la comarca para que se ejercitara en la pereza.

El profesor era conocido y respetado, pues en su vida solo había escogido la senda del menor esfuerzo. El viejo fue a visitarlo y lo encontró en el jardín, tendido sobre cojines, a la sombra de una higuera. Lo observó un poco antes de hablarle. Estaba quieto como un muerto, con los ojos cerrados, y solo cuando escuchaba el ¡chas! que anunciaba la caída de un higo maduro a poca distancia, estiraba lánguidamente el brazo para cogerlo, llevárselo a la boca y tragárselo.

“Este es, sin duda, el profesor que necesita mi hijo”, se dijo. Se acercó y le preguntó si estaba dispuesto a enseñarle a su hijo la ciencia de la pereza.

—Hombre —le dijo el profesor con un hilo de voz—, no hables tanto que me canso de escucharte. Si quieres transformar a tu hijo en un auténtico turco, mándamelo y basta.

El viejo llevó a su hijo, con un cojín de plumas debajo del brazo, y le dijo:

—Imita al profesor en todo lo que no hace.

El muchacho, que sentía especial inclinación por esa ciencia, vio que el profesor, cada vez que caía un higo, estiraba el brazo para recogerlo y engullirlo. “¿Por qué esa fatiga de estirar el brazo?”, pensó, y se mantuvo recostado con la boca abierta. Le cayó un higo en la boca y él, lentamente, lo mandó al fondo. Luego volvió a abrir la boca. Cayó otro higo, esta vez un poco más lejos; el discípulo no se movió, sino que dijo, muy despacito:

—¿Por qué tan lejos? ¡Higo, cáeme en la boca!

El profesor, al advertir la sapiencia de su discípulo, le dijo:

—Vuelve a casa, que aquí nada tienes que aprender. Soy yo, más bien, quien debe aprender de ti.

Y el hijo volvió con el padre, que dio gracias al cielo por haberle dado un vástago tan ingenioso.

FIN